

Subjetividad y Objetividad

En el Estudio de las Culturas Extranjeras

Por F. G. FRIEDMANN, del Departamento de Filosofía de la Universidad de Arkansas. Versión del inglés por Oscar Uribe Villegas.

EN el período relativamente breve en que los estudiosos occidentales han mostrado interés por las culturas y civilizaciones extranjeras, pueden distinguirse fácilmente tres fases o tendencias. La primera fase corresponde a la edad del colonialismo y del romanticismo; la segunda se caracteriza por la objetividad científica; la tercera está influida por la preocupación existencial o filosófica.

En la primera fase, la curiosidad del occidental por las culturas distintas de la propia estuvo coloreada por una cierta variedad de actitudes y de necesidades, y condujo a la producción de respuestas muy variadas. Es cierto que se produjo un sentimiento de horror frente a Calibán, pero también una admiración por el “noble” o “buen salvaje”. En forma análoga, hubo expresiones compasivas hacia el “nativo” pagano cuya alma debía ser redimida, pero también se presentaron ciertos síntomas de adoración por o hacia la sabiduría antigua o vieja (en cuanto carente de edad) de los pueblos orientales.

La segunda fase, caracterizada por serios intentos encaminados a lograr una objetividad científica apareció gracias al crecimiento de las ciencias naturales y a la expansión de la industria bajo el impacto de la tecnología moderna. Las culturas extranjeras se habían convertido en preocupación del científico social quien, a su vez, intentó aplicar los métodos de las ciencias naturales al estudio de los individuos y de los grupos humanos. El “nativo” que en la fase previa había sido extraño al observador “civilizado” hasta el grado de haber llegado a ser casi

irreal o real sólo dentro de los confines de la fantasía y de la imaginación, empezó a ser aceptado como parte integrante de la realidad, y de la realidad tal y como la conciben las ciencias naturales. Y, en forma análoga a como las últimas lucharon y luchan por descubrir patrones de regularidad en determinadas clases de fenómenos naturales, las ciencias sociales intentaron encontrar patrones de regularidad en el comportamiento humano. En el terreno práctico, mientras los logros de las ciencias naturales condujeron a la ciencia aplicada y a la tecnología moderna con su utilización racional de la naturaleza en beneficio de la convivencia humana, las ciencias sociales mostraron el camino hacia la "ingeniería social", la manipulación de los individuos y de los grupos con fines políticos.

Una tercera fase o tendencia se ha comenzado a sentir en años más recientes. Estimulada dicha fase tanto por los logros como por los fracasos de la segunda fase, o fase científica, esta tercera se caracteriza por su preocupación existencial o filosófica. Se ha recogido mucha información para testimoniar que los pueblos extranjeros no son esencialmente distintos de nosotros mismos. Por otra parte, muchos científicos sociales en el Occidente, no obstante estar libres de prejuicios sociales, raciales o culturales, han sido incapaces de liberarse de la dicotomía básica dentro de su metodología "científica"; el estudioso ha sido el realizador activo y el pueblo o la cultura extranjeros la materia pasiva sobre la que se han realizado las operaciones pesquisidoras. Sólo las grandes guerras de este siglo y la amenaza de destrucción atómica han sido capaces de presentar una seria objeción a tal concepto, y han podido sugerir la necesidad de una aproximación al problema que se base en la precariedad de la existencia humana como experiencia común y en una ciencia que implique la comunión dialéctica entre los miembros de diferentes culturas y civilizaciones.

Conforme emerge esta tercera fase o tendencia, cabe preguntar por sus posibilidades significativas para la investigación inter-cultural. Hemos hecho notar que la segunda fase o fase científica, al aplicar el criterio de objetividad usado con tanto éxito por las ciencias naturales, reaccionó brusca y tajantemente contra el auto-centramiento del período romántico que la precedió. Objetividad, para todo propósito práctico, llegó a significar eliminación de la subjetividad en dos aspectos: primero, en cuanto remoción de preconceptos e inclinaciones por parte del observador. Una expresión más positiva de este requerimiento fue el principio de universalidad que especificaba que la observación y la experimentación

deberían tener realización en tal forma que permitieran que cualquier otro observador calificado repitiese la observación o el experimento y, al repetirlos, llegase a los mismos resultados, y que cualquier razonamiento deductivo conjugado con o resultante de la fase inductiva tuviera que seguir reglas de procedimiento lógico que garantizaran su validez universal. Un segundo significado de la subjetividad referida a la contingencia metafísica del hombre —a la concepción de él mismo como un existente auto-interrogante y problemático. La segunda fase de la investigación social, al interesarse en forma primaria en los artefactos e instituciones humanas— y en el hombre mismo en cuanto librado a métodos de estudio que en otra forma se utilizarían en conexión con los objetos naturales — estaba primariamente centrada en el objeto. La tercera fase, en cuanto ocupada con el hombre como sujeto interpretador y ordenador está básicamente centrada en el sujeto. Esta última fase considera al hombre en su búsqueda del significado que es el principio de coordinación para los esfuerzos desplegados en la satisfacción de las diversas necesidades que resultan del hecho de que forme parte de la naturaleza.

La aproximación existencial o de centramiento subjetivo, no obstante recibir con beneplácito y usar libremente los resultados de la investigación de centramiento en el objeto, intenta relegarla a una posición preliminar, auxiliar o ulterior. Su propósito es entender (¿comprender?) las culturas. Las culturas, por su parte, son consideradas como expresiones de la actividad hermenéutica y ordenadora del hombre. No interesan si se las separa de la subjetividad humana. El patrón que el estudioso centrado en el sujeto trata de determinar o descubrir es, por tanto, distinto de los patrones de regularidad que el científico naturalista o el científico social centrado en el objeto tratan de establecer. El último de los mencionados, está interesado en el descubrimiento de relaciones recurrentes que conciernen a fenómenos individuales o a grupos de fenómenos, relaciones que puedan formalizarse en abstracciones matemáticas. Los patrones que ocupan a la investigación centrada en el sujeto son, fundamentalmente únicos, y no expresión abstracta, no formulación que esté fuera del percibirse de su existencia concreta, si esto es posible. Aquí la generalidad —o universalidad— lejos de ser la meta y el fin, resulta de un proceso de abstracción, precede en lo concreto de la experiencia de nuestra propia existencia, el proceso inquisitivo.

Negación o afirmación del significado de lo subjetivo en el hombre —en el sentido del hombre como creador o descubridor del significado— determinan básicamente diferentes actitudes, en especial hacia problemas

tales como la posición de los valores en la investigación, o la relación de la cultura y de la metodología. Y si las culturas son expresiones visibles de sistemas significativos que, a su vez son resultado de la existencia problemática y de la búsqueda del hombre, entonces los valores pueden ser definidos como puntos enfáticos (acentuales) en tales sistemas, como elementos que han sido llevados al foco de la conciencia por el contacto con otros sistemas de significado diferente.

De este modo, los valores son de interés para la investigación centrada en el sujeto, pero no para la centrada en el objeto; esta última acepta la doctrina del relativismo cultural, de la indiferencia hacia los valores representados por diferentes civilizaciones. Este tipo de indiferencia o de neutralidad cultural, encuentra su expresión más llamativa y quizás también más irónica en el absolutismo metodológico que en ocasiones se invoca y en ocasiones se practica por los relativistas culturales dentro de las investigaciones centradas en el objeto. Si la cultura significa, como sugeriría el estudioso centrado en el sujeto, los intentos (o los resultados) interpretativos de un grupo de gentes frente a los grandes problemas y necesidades de la vida, entonces la metodología significa una expresión más conciente y auto-examinadora de los mismos. Para los científicos centrados en lo objetivo, la metodología es una llave culturalmente neutral que se adapta a cualquier puerta; más aún, se le puede poseer, considerándose a salvo, en forma triunfante, sin correr el riesgo de verse envuelto en la vida de la subjetividad —ese remolino y esa lucha en la que participa el objeto— tema de nuestras investigaciones.

El estudioso centrado en lo subjetivo, aunque conocedor de la precisión y del refinamiento empleados en la investigación centrada en lo objetivo, tiene serias reservas que hacer por lo que concierne a la utilidad que esto tenga para el entendimiento de las culturas extranjeras. Hace notar que la creencia en la posesión de una metodología universal y en la que se puede confiar conduce a la concentración de los esfuerzos de los estudiosos en aquellos aspectos de la vida humana a los que, en forma más inmediata, es aplicable tal metodología. En otras palabras, el criterio de la aplicabilidad metodológica tiene precedencia sobre el criterio de la importancia moral o histórica. Los estudiosos de la tradición de centramiento objetivo tienden, por tanto, a ocuparse con los aspectos tangibles del hombre que pueden probarse desde un punto de vista científico, más que con los aspectos intangibles que, en última instancia, son los que hacen del hombre lo que es. Esto significa que mucha de la

investigación corriente en las ciencias sociales es “científica” pero insignificante, carente de importancia. En el campo aplicado, la mayor preocupación radica en las necesidades prácticas aisladas de la necesidad subjetiva e interpretativa — en la pobreza o en la baja productividad como problema estrechamente económico o político más que en la conciencia cambiante de millones de gentes que enfocan el significado de estos fenómenos dentro de un esquema general de vida.

En la investigación objetivamente centrada, la reducción de la metodología a una serie de técnicas conduce, entre otras cosas, al concepto de la ciencia aplicada más que a la idea de la investigación en comité o comunión. A los ojos de quienes proponen la investigación subjetivamente centrada, existe una íntima relación entre lo teórico y lo práctico. Creen que no somos capaces de analizar una cultura en la misma forma en que analizamos un problema de matemáticas y entonces aplicar nuestro conocimiento a la solución de cualquier problema práctico que surja.

En nuestros intentos por penetrar el significado de otras culturas, la decisión práctica de aceptar el hecho de nuestra humanidad y de la humanidad de las gentes o individuos a quienes tratamos de entender debe preceder lógicamente a cualquier intento de elaboración de soluciones teóricas. Entre más nos atrevamos a ser humanos, a ser nosotros mismos, más probabilidades tendremos de triunfar en la comunicación que intentemos —en el entendimiento— con la humanidad de los otros.

En este tipo de investigación, más aún, trascendemos la ambigüedad de propósito característico de las ciencias aplicadas por la cual los hallazgos del científico son usados por otros cuyos propósitos están determinados por consideraciones extrañas a la empresa del científico. Finalmente, el estudioso centrado en lo subjetivo sabe que su obligación no es primariamente funcional, ya que su responsabilidad no es enteramente la que tiene frente a su trabajo o frente a quienes le emplean o le pagan ni frente a quienes trata de ayudar en un sentido humanitario. Al hacer su investigación, intenta satisfacer sus propias necesidades existenciales.

El estudioso centrado en lo subjetivo se percata del hecho de que la separación entre la metodología y la vida es la negación de la subjetividad como un campo digno de investigación, pero que la misma no puede hacer a un lado a la subjetividad como una de las mayores fuerzas conductores de los asuntos humanos. En donde es negada la subjetividad y su propia función histórica como *locus* de las actividades creadoras y

ordenadoras del significado, donde la neutralidad cultural del científico centrado en lo objetivo y donde la moderna tecnología han barrido con el orden y el significado que habían sido proporcionados por la cultura local, la búsqueda del significado y del orden persisten, sin embargo, con fantástica intensidad. Esto puede conducir —según ha ocurrido con frecuencia— a la imposición de nuevas formas de orden que son políticas más que culturales; estas formas proclaman ser absolutas y universales en una forma que parece semejante a la de la metodología de las ciencias centradas en lo objetivo. El relativista cultural —el científico social que fue indiferente a lo subjetivo y a su expresión en el campo de la cultura— se ve confrontado aquí con las consecuencias históricas de la ruptura de las culturas, y con su substitución por las ideología políticas. La negación de la subjetividad, su proscripción de las consideraciones metodológicas, la cómoda separación o apartamiento del intelectual de su implicación en la existencia humana, aparece así como uno de los factores contribuyentes en la emergencia de formas de absolutismo político y, subsiguientemente, en la supresión de los derechos del ciudadano individual.

En América, en que la negación revolucionaria de algunos de los rasgos más opresivos de las culturas y civilizaciones más viejas se ha contado entre los factores de mayor importancia que han contribuido al espectacular desarrollo de la ciencia y de la tecnología, algunas de las consecuencias de este desarrollo han conducido en tiempos recientes a que la sociedad se percate de la necesidad de volver a examinar la posición y las finalidades de las ciencias y, muy principalmente, el propósito y la función del científico social.

En el nivel popular, se ha desarrollado frente al científico una actitud de ambigüedad: se le ve como alguien que, por la naturaleza de su trabajo aparece como removido e indiferente a la vida del hombre común, pero capaz, por su conocimiento secreto, de influir misteriosamente en la suerte o el destino de millones. Los demagogos han tratado de utilizar esta ambigüedad para sus propios fines políticos. Tras un período de ansiosa incertidumbre, sus insinuaciones ha sido rechazadas por la gran mayoría de las gentes. Por otra parte, el problema sustancial de la posición y función del científico en nuestra sociedad, persiste. La auto-excepción que una parte por lo menos de nuestros científicos hacen frente a la participación en el ámbito de la existencia en que el resto de la humanidad se debate —refugiándose en la seguridad

y objetividad que la metodología científica parece proporcionar— tiende a hacerlos extranjeros si no sospechosos para su propia sociedad.

El que el científico tiene que jugar un papel de participación, y que debe atreverse a sumergirse en las cuestiones existenciales de su propio tiempo y de cualquier tiempo, ha sido algo que reconocen muchos de los que han hecho nacer uno de los más espectaculares entre los recientes avances científicos: los científicos atómicos. Parece que ellos se percatan de la significación dramática de este momento en la historia humana y de que es exactamente el éxito obtenido en el desarrollo de las ciencias naturales, el perfeccionamiento de la objetividad, lo que ha conducido al triunfo del hombre sobre la materia y, en último análisis a la liberación de cantidades ilimitadas de energía, pero también al problema del uso —para vivir o para morir— y, por lo mismo, al re-surgimiento de la subjetividad, a un renovado percatarse de la precariedad de la existencia humana. Podremos estar en desacuerdo con conclusiones específicas de los existencialistas alemanes o franceses, pero no podemos continuar negando la experiencia que las hizo nacer: la memoria de la guerra y las perspectivas de muerte universal.

En cuanto la metodología es cultura en una forma más consciente e intensiva, el estudioso de la actualidad es (o debe ser) hombre en un sentido más consciente e íntimo. En el campo específico del entendimiento inter-cultural debe, antes que todo, buscar para sí y para su propia cultura y civilización. Debe tocar y articular en su vida misma las luchas por y dentro de la existencia. En esto podrá ser auxiliado por la comunicación con hombres y mujeres que, a su vez, articulen y simbolicen la lucha por el significado en sus propias culturas y civilizaciones.